

COMERCIO DE MEXICO CON LA ALALC
(Millones de pesos)

	1961	1962	1963
Exportaciones	98.5	208.8	324.8
Importaciones	51.7	76.4	135.5
T o t a l	150.2	285.2	460.3

Sin embargo, el comercio con la ALALC representa todavía algo menos que la mitad de las transacciones mexicanas con América Latina (en 1961 representó solamente una cuarta parte). En los últimos dos años paralelamente a la expansión del intercambio con la ALALC se ampliaron en grado sustancial las corrientes mercantiles hacia y desde América Central, destacándose especialmente el comercio de México con Panamá.

COMERCIO DE MEXICO CON AMERICA CENTRAL,
INCLUYENDO PANAMA
(Millones de pesos)

	1961	1962	1963
Exportaciones	197.3	206.5	248.4
Importaciones	83.0	106.2	129.5
T o t a l	280.3	312.7	377.9

La única zona donde se registraron las tendencias opuestas es la del Caribe, debido al estancamiento del comercio mexicano con Cuba. El valor de las transacciones mercantiles con el área del Caribe disminuyó de 125 millones de pesos en 1961 a 78 millones en 1962 y 67 millones el año pasado.

El comercio de México con el resto de América Latina representa todavía menos del 5% del comercio exterior del país. Empero, a pesar de su limitada magnitud se está volviendo un factor de considerable importancia, especialmente para el exportador industrial, ya que más de la mitad de las ventas a la región consiste de manufacturas y semimanufacturas. En vista del creciente superávit comercial con el área, será necesario poner este año más énfasis en la ampliación de las importaciones desde América Latina. Afortunadamente, en las fechas más recientes se acentuó el ritmo del crecimiento de las compras mexicanas en el resto de América Latina y es bien posible que en 1964 el desnivel entre las exportaciones y las importaciones dentro del área deje de crecer. Solamente, de esta manera se establecerán bases sólidas para el crecimiento continuo de nuestras relaciones comerciales con el resto del subcontinente.

¿Tendrá Exito la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo?

AUN antes de dar principio la Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo, el notable interés que ha despertado en todos los sectores demuestra, sin lugar a dudas, que ella tiene la virtud, por lo menos, de obligar a que se centre la atención de todos en una serie de problemas de primera importancia. Lo que queda por ver es si la Conferencia podrá ser algo más que una gigantesca caja de resonancia.

Por ahora, y como era de esperar, destaca el hecho de que tanto en la profusa documentación de la Conferencia como en las deliberaciones a que ha dado lugar a niveles nacional, regional e internacional, se reflejan con nitidez las contradicciones de la presente coyuntura. En el momento actual, los intercambios mundiales ni obedecen a los principios de la libertad de comercio, ni tampoco responden a los lineamientos de una planeación racional. El comercio mundial, tumultuario y caótico, sigue una evolución en que las oportunidades juegan casi siempre —salvo circunstancias tan excepcionales como efímeras— a favor de los grandes centros industriales y en perjuicio de los países más débiles. Es lógico, en consecuencia, que estas contradicciones hayan dado una fisonomía propia al acontecimiento, de tal modo, que para muchos observadores se ha convertido en la conferencia de los países de menor desarrollo, en la cual, más que ninguna otra cosa, éstos plantearán sus exigencias y los grandes centros industriales ejercerán la difícil habilidad de salvar las apariencias, al mismo tiempo que sus intereses.

Tal parece ser, en efecto, el contexto en que ha de moverse la Conferencia. Todos conocen las demandas de los países de menor desarrollo, expresadas repetidas veces por medio de amplios estudios o en fórmulas bien conocidas como la de “comercio, no ayuda”. Pero nadie sabe con certeza lo que están dispuestos a conceder los centros industriales.

Los países desarrollados no se muestran avaros en cuestión de afirmaciones de orden general: el reconocimiento de su responsabilidad en la materia y de la necesidad de un esfuerzo común, en gran escala, para contribuir a que los países de menor desarrollo vayan saliendo del atraso en que se hallan. No se discute, en el terreno de la teoría, que si continúa la actual evolución de las economías de los países de menor desarrollo, la crisis llegará a afectar la actividad económica mundial, sin excluir la de los grandes centros industriales. Pero cuando se desciende al campo de lo concreto, éstos reaccionan de acuerdo con sus conveniencias específicas.

Resulta útil hacer referencia a algunas de las posiciones que se están definiendo antes de la Conferencia. Con la esperanza de que los Seis mantengan un frente unido, la Comisión del Mercado Común Europeo ha formulado algunos lineamientos básicos. En ellos no sugiere reducciones generales de aranceles para materias primas (puesto que la CEE está comprometida a dar preferencias a sus asociados africanos y entiende mantener este régimen), pero propone acuerdos mundiales en el mayor número posible de productos primarios. Unilateralmente, los Seis suprimirían impuestos al consumo en algunos productos. En cuanto a los bienes manufacturados y semimanufacturados, la Comisión se inclina por la eliminación de las restricciones cuantitativas que subsisten y el aumento de las cuotas de importación; asimismo, preconiza que todos los países industrializados otorguen tarifas preferenciales a los países de menor desarrollo en ciertos productos en los que éstos no se encuentran aún en posiciones de competencia. La Comisión estima conveniente modificar el GATT, pero se opone al establecimiento de una organización internacional de comercio totalmente nueva. Estados Unidos, de otro lado, se ha mostrado escéptico sobre el alcance de una ampliación del número de acuerdos mundiales sobre materias primas y considera que el estímulo económico de reducciones tarifarias generales puede beneficiar más a los países de menor desarrollo que cualquier rebaja especial en ciertos productos manufacturados.

Francia, por su parte, ha preparado una detallada comunicación sobre la política que sostendrá en la Conferencia. Tratará de impulsar los planes “Baumgartner-Pisani”, basados en la organización mundial de los mercados de las materias primas y los alimentos para conseguir una elevación negociada de sus precios (especialmente en el caso de los cereales, en que la propia Francia es importante exportador) y preconizará un conjunto de acuerdos para canalizar los excedentes hacia los países más necesitados. En todos los sentidos, la política de Francia favorece la continuación y extensión de los acuerdos de comercio prefe-

rencial existentes entre grupos de países de menor desarrollo y los industrializados (tales como el convenio de asociación de la CEE con 18 Estados africanos). Al mismo tiempo, los franceses parecen oponerse resueltamente a cualquier sistema de libre ingreso de bienes manufacturados de los países de menor desarrollo a los centros industriales.

Gran Bretaña está dispuesta a considerar las proposiciones sobre preferencias arancelarias generales de todos los países industriales a los de menor desarrollo, pero siempre y cuando los de la Comunidad Británica acepten la eliminación de sus preferencias exclusivas en el mercado británico. El Reino Unido se pronuncia contra los planes de Francia para aumentar los precios de las materias primas pues estima que ello le perjudicaría y debilitaría su balanza de pagos. Los británicos tampoco estiman necesaria una nueva organización internacional de comercio.

Otros aspectos contradictorios se aprecian, por ejemplo, con motivo del problema de las relaciones comerciales entre el Este y el Oeste. El bloque soviético buscará la oportunidad de discutir estos asuntos —sobre los cuales viene insistiendo sin descanso— bien dentro del conjunto de las dificultades que afectan a los países de menor desarrollo, o bien separadamente. En cualquier caso, el tema, conflictivo en alto grado y susceptible de provocar polémicas agrias entre aliados occidentales, podría desorientar los debates. La suerte de las demandas concretas de las zonas subdesarrolladas al bloque soviético en cuanto a multilateralización del sistema comercial y compromisos de importación en el marco de los planes centrales de desarrollo, no tendrán curso fácil a juzgar por los propios obstáculos con que tropieza la integración económica del bloque.

Los ejemplos citados dan una clara idea de las complicaciones que han de surgir en las deliberaciones de la Conferencia, y hacen pensar dos veces antes de negar razón a quienes afirman que ningún resultado específico puede esperarse de ella, puesto que 123 delegaciones tendrán solamente 12 semanas para expresar sus puntos de vista generalmente contradictorios. Pero aún estos observadores pesimistas —británicos en primer término— consideran que la confrontación podrá servir para que se conozcan mejor los problemas del comercio de los países de menor desarrollo, se llegue a ideas más concretas sobre la forma de solucionarlos y todo ello influya en algún grado en futuras negociaciones.

Se ha dicho que la posición de los países subdesarrollados ante la Conferencia parece de desmedida esperanza, pues es prácticamente imposible que obtengan lo que piden. Además de hacerlo en orden disperso, y aun contradictorio, no han sabido, o no han podido, encontrar fórmulas que conduzcan a la explotación al máximo de las posibilidades que se ofrecen al intercambio entre sus propias áreas. La formación de estructuras regionales de integración económica en las mismas, como primer paso para un mecanismo de comercio internacional que las englobara a todas, avanza con gran lentitud. En tales circunstancias los países en desarrollo se presentan en condiciones de suma debilidad. La verdad, en todo caso, es que lo poco realista no consiste en exponer las necesidades generales de los países de menor desarrollo —que es lo que cada grupo hace— sino en esperar que los centros industriales tratarán de satisfacerlas voluntariamente, por el solo temor de la crisis, y sin recibir nada a cambio.

Los países de menor desarrollo no han logrado adoptar una posición común ante la Conferencia en lo relativo a medidas concretas valederas y aceptables para los centros industriales, de tal modo que si bien manifiestan pleno acuerdo en las demandas generales, esencialmente descriptivas de los problemas comunes, ajustan la proposición de medidas concretas a los intereses específicos de cada país o de cada región. Sorprende, sin embargo, que en algunas medidas fundamentales y de índole más viable no se haya logrado un acuerdo unánime previo. Nos referimos, por ejemplo, al establecimiento de mecanismos adecuados para el financiamiento compensatorio de las fluctuaciones de los precios de las materias primas y a la creación de un organismo internacional de crédito, dotado de muy amplios recursos, para el financiamiento de las exportaciones entre los

propios países de menor desarrollo. Igualmente sería factible alguna especie de estructura especial (un GATT de las áreas subdesarrolladas) destinada a favorecer sus intercambios mutuos. Pero ni aun en asuntos como éste se ha conseguido un acuerdo general.

Esta línea de pensamiento conduce a una reflexión que es de importancia fundamental para apreciar las perspectivas de la Conferencia: independientemente de las concesiones que por una razón u otra estén dispuestos a hacer los centros industriales, la solución de los problemas que atenazan las economías de los países de menor desarrollo se encuentra en primer lugar dentro de ellos mismos.

Es cierto que los convenios de estabilización y los mecanismos de financiamiento compensatorio pueden atenuar las crisis periódicas de los países productores de materias primas; pero es un hecho irreversible que el progreso tecnológico, sin una regulación planeada de la producción de materias primas, lleva al inevitable deterioro de sus precios, por el lento crecimiento de su demanda en los mercados mundiales, y que sólo el incremento del contenido manufacturero de sus exportaciones podrá aliviar la tensión. Es igualmente cierto que deben elevarse los ingresos por exportaciones de los países de menor desarrollo, si se quiere evitar su colapso económico, y que un fondo de créditos a la exportación y un sistema comercial preferente entre ellos permitiría mejorar la situación; pero si este aumento no va acompañado de mecanismos que garanticen el uso de los recursos adicionales en planes de auténtico desarrollo a la vez que una redistribución de la riqueza, para evitar que ésta siga acumulándose en las manos de pequeños grupos de la población, estos países no saldrán de su actual estancamiento y persistirán en el círculo vicioso de atraso y pobreza que los caracteriza.

En el informe final del secretario general de la Conferencia, el Dr. Prebisch ha dicho al respecto:

“A la vez que el progreso tecnológico de los centros industriales y su ampliación gradual al resto del mundo crea problemas adicionales a nivel internacional, provoca también problemas en las naciones en proceso de desarrollo y exige nuevas actitudes y un gigantesco esfuerzo de su parte para resolverlos.

“Los obstáculos que debe superar este esfuerzo son enormes. En muchos países en desarrollo, sin embargo, la atención se concentra a menudo en los obstáculos externos; acaso porque son más impresionantes, su solución parece más urgente. Pero sería un peligroso autoengaño imaginar que, una vez superados estos obstáculos externos, el camino quedará abierto para un desarrollo económico espontáneo.

“Por el contrario, de nuevo en este caso es preciso optar por una acción deliberada y consciente para enfrentar estos obstáculos e influir sobre las fuerzas del desarrollo económico y social con una clara idea de los propósitos que se persiguen. La política de cooperación internacional es complementaria, nada más; no puede sustituir una política de desarrollo interno. Pero tampoco puede esta política alcanzar sus metas sin una cooperación internacional eficaz y oportuna.

“De manera general, existen tres principales obstáculos para propagar los avances tecnológicos y que por tanto obstruyen el aumento de la productividad y del ingreso per capita en los países en desarrollo: tenencia de la tierra; movilidad social limitada e ignorancia de las masas; y concentración del ingreso en las manos de grupos de población relativamente pequeños”.

Por estas razones, las medidas de cooperación internacional que pueden acordarse en la Conferencia deben ir necesariamente acompañadas, si se desea que tengan algún sentido, de sistemas de planeación nacional que prevean una profunda transformación política, económica y social en los pueblos de menor desarrollo. Lo cierto es que la solución de los problemas del subdesarrollo o del mal desarrollo, por una vía o por la otra, en las conferencias mundiales o en el ámbito nacional, y por medios racionales o a través de crisis, se ha vuelto ineludible.